EL ARTE EN LA CONMEMORACION DEL CENTENARIO DE CARLOS V

POR

MANUEL SANCHEZ-CAMARGO

Los adjetivos exhaustivos siempre tienen un gran peligro: el entusiasmo particular de quien escribe, la exageración, el servicio de la amistad, etc., etc. Y hecha la advertencia podemos luego afirmar, seguros, que la Exposición que la Dirección General de Bellas Artes ha instalado en el antiguo Hospital de la Santa Cruz de Toledo tiene carácter excepcional, es más, incomparable.

¡Bien justificadas están las "colas" que, singularmente, los días festivos y los sábados, se forman ante la puerta, monumental puerta, del Hospital! En su torno se reúnen los coches, muchísimos de matrículas hispanoamericanas, y el incesante ir y venir se acompaña de palabras de asombro de los que salen de contemplar uno de los conjuntos artísticos más importantes que es dado reunir en el mundo.

La Exposición "Carlos V" tiene como mérito primero el lugar de su instalación. Solamente la contemplación del Hospital de la Santa Cruz, después de la restauración que ha tenido, es ya suficiente motivo para celebrar méritos. Los ricos artesonados de maderas brillan ahora en todo su esplendor, y la doble cruz que forman los dos cuerpos del edificio ofrecen una lección de arquitectura que ha hecho que sean los arquitectos de todas las tendencias los visitantes más asiduos a este Certamen. La luz, dispuesta de forma que enriquece la piedra y la madera —los materiales más nobles que pueden ser hallados en una construcción—, resaltan con esa patina de los siglos que ningún producto químicò puede sustituir. Música polifónica española se oye de fondo constante en la visita, ayudando a situar el ánimo en los tiempos gloriosos del Imperio...

Y luego... El recuerdo se hace imposible. Baste decir que fondos del Museo del Prado, cesiones de coleccionistas españoles, como el Duque de Alba y la Duquesa de Lerma, con piezas que figuran en sus palacios, rara vez vistas por el público, se hallan en una lista ejemplar. Los aristócratas citados han cedido muebles de época y lienzos que empiezan en el Greco y terminan en el Ticiano. Por tanto, con citar los nombres nos evitamos elogios. El retrato del Gran Duque de Alba que pintó el Ticiano, el retrato del Cardenal Tavera, del Greco, son piezas tipo de los préstamos hechos por ambas casas ducales a las

que se pueden añadir los hechos por la Duquesa de Fernán Núñez y otras familias que se han sumado a esta conmemoración del Emperador...

Desde la Pintura, donde figuran los nombres más señeros con obras prestadas por Museos de Portugal, Francia, Suiza, Holanda, Bélgica, etc., hasta las medallas, un paisaje del arte se abre ante el espectador que puede contemplar, desde los célebres tapices de Pastrana y Zamora hasta la Custodia de Arfe o el mapa de Juan de la Cosa, la primera carta marítima conocida. Las firmas de los artistas flamencos más representativos, como Van der Weydem, Van Eyck, Bosco, hasta el Divino Morales, una página inolvidable de la historia del arte desfila ante el visitante, absorto frente a un conjunto que jamás podrá ser repetido en la historia.

Bien dice Gallego Burín al afirmar que el valor artístico e histórico de la exposición pedían, pues, como escenario y fondo de ella, los cielos torturados del Greco, la gloriosa pesadumbre de la ciudad de Garcilaso, tortura y gloria que marcan con su sello la figura del Emperador en la Historia. Y, sin duda, que en ella no se nos da otra de más alto porte ni de más noble y humana actitud ante la vida ni de visión más amplia y generosa. Tal vez por eso mismo transcurrió su existencia entre luchas que jamás deseó, pero que tampoco pudo esquivar, en medio de estrecheces que contrastaban con su grandeza; entre desengaños cobrados como frutos de maravillosas esperanzas, turbadas siempre por el ruido de las armas, que no era precisamente la música que él prefería. Una continua contradicción preside esa vida y unos continuados y trágicos contrastes abren en ella dolorosos surcos. Hasta en amor esa vida fué quebrada: la muerte de la Emperatriz deshizo su refugio de paz, y ya no halló ningún otro. Cómo se deshicieron sus ilusiones al conocer en la sucesión a su nieto, el de los trágicos destinos, y se deshicieron sus sueños de unidad espiritual del mundo con la aparición de aquel fraile para el que su embajador don Juan Manuel reclamaba la atención imperial, unos años después de que el nombre de Lutero se convirtiese en llama que él tendría que acudir a apagar con su espada y con su sangre. Sin embargo, todo lo afrontó sereno y fiel, y así llegó hasta el final. Sin una claudicación, sin una renuncia. Con el alma abierta a la esperanza. Con el espíritu en vilo, dispuesto en todo instante a actuar en defensa de su fe y en acrecentamiento de su gloria.

Si la Europa unitaria que él defendió hubiera podido mantenerse después de él, toda la historia moderna hubiera sido otra, porque no hay que olvidar que la revolución religiosa que en su tiempo estalló en-

mascaraba una crisis social que sólo el pensamiento político del Emperador, plasmado en la organización por él propugnada, habría podido conjurar, y que fracasó con su desaparición. Aun convencido de su fracaso, antes de su muerte, él no cejó en su empeño, y su propio retiro no es reconocimiento de su fracaso ni renuncia de su misión, sino la última y definitiva renovación de su fe en sí mismo: el ejemplo final de su vida, acogida al refugio al que siempre acudió, renovación de la fe por la que siempre luchó, preparación para el último de sus viajes a ese más allá cuya luz iluminó todos sus caminos y que el pincel del Ticiano le anticipó en el célebre lienzo de la "Gloria"...

Los ojos se detienen en sus distintos retratos, donde aparece tal como nos fué descrito por Alonso de Santa Cruz, dice: "Fué este Emperador Don Carlos mediano de cuerpo, de ojos grandes y hermosos, las narices aguileñas, los cabellos rojos y muy llanos —aunque como fuese entrando en años, se trocaron de como los trajo—, la barba ancha, redonda y bien proporcionada, la garganta recia, ancho de espaldas, los brazos anchos y recios, las manos medianas y ásperas, las piernas proporcionadas. Su mayor fealdad era la boca, porque tenía la dentadura tan desproporcionada la de arriba con la de abajo que los dientes no se encontraban nunca; de lo cual se seguían dos daños: lo uno, tener el habla en gran manera dura..., y lo otro, tener en el comer mucho trabajo..., no podía mascar lo que comía ni bien digerir, de lo cual venía muchas veces a enfermar..." Y así le podemos ver en uno de los cuadros más interesantes de la Exposición —aparte de otros muchos retratos— que firma Rubéns sobre una copia de Tiziano. Al lado de su amada Emperatriz, la hija de Manuel el Venturoso de Portugal, que es descrita de esta manera por el cronista, fiel cronista, Santa Cruz: "Era la Emperatriz Isabel blanca de rostro y de mirar honesto y de poca habla, y baja: tenía los ojos grandes, la boca pequeña, la nariz aguileña, los pechos secos, de buenas manos; la garganta alta y hermosa; era de su condición mansa y retraída... Honesta, callada, grave, devota, discreta y no entrometida."

Pinturas y esculturas —como dice Sánchez Cantón— pregonan las excelencias que el cronista —y cosmógrafo— Santa Cruz puntualiza, no obstante, acaso ninguno de los retratos de Doña Isabel, llegados hasta nosotros se hicieron con el natural delante. Ni el flamenco que se supone Jan Provost, autor del Tríptico de la Virgen de la Misericordia, prestado gentilmente por el Museo de Lisboa, consta que haya residido en la península; ni el precioso relieve de alabastro, del Castillo de Gaesbeek, que asimismo se puede contemplar, modelado por Jan Mone, con ocasión de la boda, cuya fecha

ostenta, ha de considerarse retrato directo, pues Carlos V se figura barbado, y hasta 1529 no dejó de rasurarse; ni el admirable y melancólico de Tiziano, del Prado, tiene más valor documental que el que tuviese el del "trivial pennello" —quizá español— que le sirvió de modelo seis años después de muerta la Emperatriz, puesto que el veneciano no pisó la tierra de España ni el lienzo estuvo terminado hasta 1545.

Y a través de los retratos vemos pasar el tiempo del Imperio: Mülberg, Túnez, las Indias..., todo el glorioso reinado del hombre que quiso abandonarlo hacia el fin de su vida. Y en los dos pisos, en los largos y bellísimos corredores del Hospital, una larga lista de nombres y figuras que vivieron con el Emperador: Iñigo de Loyola, Francisco de Borja, el cardenal Granvela, retratos de Isabel y Fernando, como antepasados; retratos de Felipe II, como descendiente... La historia, a través del arte, permanece quieta enseñando su lección, su gran lección, al curioso y al investigador. El arte se abre de par en par en un número, una calidad y una diversidad excepcionales. Allí aparecen los relojes ingeniosos de Juanelo, la jarra que usaba el Emperador, sus armas y armaduras, su tienda de campaña, sus libros de horas, sus estatuas de mármol... Y en un fondo una alegoría del Concilio de Trento, que él alentó y logró convocar, y en él las figuras gloriosas de los teólogos españoles... Y todo esto acompañado con la música de Vitoria, de los vihuelistas que fueron, de los polifonistas...

Se hace imposible el recuento de tanta grandeza reunida en este Hospital de la Santa Cruz, que es hoy cita internacional en la conmemoración del Emperador, de aquel que fué padre del Rey en cuyos dominios jamás se ponía el sol.

Y al mismo tiempo que esta magna Exposición toledana, en Madrid se abrieron dos certámenes también excepcionales: el instalado en la Sociedad de Amigos del Arte, que recoge obras de artistas flamencos en España, y en la que hallan los nombres de Rubéns, Van der Weyden, Van Eyck, Teniers, el Bosco, Van Orley, Mennlling, David, etc., etc., cuyo valor no es necesario destacar. Y es luego la Exposición de la labor realizada en la restauración y conservación de los monumentos españoles, exposición instalada en el Retiro, que recoge en una bella formalización lo rescatado y restaurado. Desde las cuevas prehistóricas de Almería hasta el convento de Calabazanos —el Escorial de adobe—, todos los períodos de nuestra historia del arte han recibido la atención del Estado. La Exposición se divide por épocas: prerromana, romana, visigoda, árabe —mudéjar y mozárabe—, Renacimiento, etc., etc. Jardines, monasterios, castillos, con-

ventos, torres, palacios, en instalaciones fotográficas, muestran la reconquista que han hecho al tiempo.

El espacio falta para enumerar los objetos —como los que se muestran en la exposición de la Armería— y espaciarse en el comentario; quede todo en noticia, gozosa noticia de un bello quehacer que ha logrado convertir en meta artística este recuerdo al Emperador que tanto hizo, con los Mendoza, porque el Arte fuese testigo fiel de su poderío, de su gloria y también de su cristiana humildad, bien reflejada en su celda del Monasterio de Yuste, en la honda Extremadura, que hoy, reconstruído, deja en el ánimo una impresión imborrable que se hace mayor cuando nos parece oír la voz imperial diciendo al compás de su bien morir: "Ya es tiempo".

Manuel Sánchez-Camargo.
Miguel Angel, 1.
MADRID